

hinchada, pero el justo vivirá por su fe". Habacuc 1, 2-3; 2, 2-4. El mensaje del Señor es de luz, es un grito a la esperanza, una llamada a no vivir en las tinieblas y a no desesperar nunca. El justo vive de la fe y por eso puede caminar. El justo se levanta porque su fe lo levanta cada mañana. *¿Y nosotros? ¿Vivimos de la fe que Dios nos regala como un don? ¿Cómo hacemos frente a las desgracias que nos llegan?*

EL HOMBRE DE HOY NO LOGRA ENTENDER QUE DIOS PUEDA TENER UN PLAN PARA ESTE MUNDO. Muchos creen en un Dios que se ha desentendido del hombre y no le preocupa su futuro. Ante la incomprensibilidad del mundo, se pierde la fe en un Dios que conduzca con amor una historia que nos resulta tan caótica, injusta y dramática. Parece impensable un Dios que tolere el mal y permita que las desgracias lleguen sobre el hombre haciendo imposible su felicidad aquí en la tierra. Es más creíble pensar en un universo sin Dios que sigue su curso inexorable. Hace poco leímos la afirmación de Stephen Hawking: "No es necesario invocar a Dios para que a través de su divino toque, establezca el curso del Universo". La verdad es que si nos resulta difícil ver a Dios en el origen de todo, ¡Cuánto más nos cuesta verlo en nuestra vida cotidiana! No tenemos mucha fe cuando no acabamos de creer que Dios esté detrás de todo lo que nos ocurre, especialmente detrás de las desgracias, de las cruces. Decía el P. Kentenich: "Debe haber luz en nosotros. La luz de la fe nos da luz para entender todo el acontecer mundial, tan caótico en la actualidad. Para entender el sentido de ese acontecer. Desde el punto de vista de Dios, el sentido es el regreso victorioso de los hijos del Padre, en Cristo y a través de María, hacia corazón del Padre."¹ Hace falta el don de la fe para entender así la vida. Aunque, si de verdad llegamos a comprender nuestra historia como un regreso al corazón de Dios, muchas cosas pueden llegar a ser más relativas. Seremos capaces de tomar las decisiones en oración y nos preguntaremos en cada momento si estamos haciendo o no la voluntad de Dios. Nos tomaremos con más libertad interior lo que nos sucede y no viviremos continuamente con angustia ante el futuro. El problema es que nos falta fe, como les ocurre hoy a los discípulos en el Evangelio: "En aquel tiempo, los apóstoles le pidieron al Señor: «Auméntanos la fe.»" Nuestra fe es muy débil y, ante los primeros contratiempos, se desvanece. Creer en imposibles nos parece una verdadera locura. Hace falta mucha fe para ver a Dios bendiciendo al mundo desde la cruz, mucha fe para creer que hará con nosotros milagros, mucha fe para ver a Dios en la oscuridad de nuestras dudas y pecados. **Hoy necesitamos que nuestra fe aumente, porque es débil, y no se mantiene firme en la adversidad. Decae ante las dificultades y desaparece en la noche de la vida.**

EL PROBLEMA DEL HOMBRE DE HOY ES QUE HA DEJADO DE UNIR LA FE Y LA VIDA. Creemos dogmas, buscamos certezas, elaboramos un credo muy teórico que luego no logramos llevar a la vida. Cargamos con una bolsa de creencias que, con el paso de los años, ponemos en duda cuando empezamos a vivir de forma diferente. Pensamos ciertas cosas que luego no vivimos. Y cuando nuestras viejas creencias nos estorban, las dejamos de lado y colocamos otro credo en el corazón, porque necesitamos creer en algo. Es imposible que nuestro credo se mantenga en la prueba si nuestra fe no implica una adhesión profunda a Cristo. El drama es que nuestro corazón se ha endurecido muchas veces y no comprende nada: "Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: «No endurezcáis vuestro corazón.»" "Venid, aclamemos al Señor, demos vítores a la Roca que nos salva; entremos a su presencia dándole gracias, aclamándolo con cantos. Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro. Porque él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía. "Ojalá escuchéis hoy su voz: «No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto; cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras.» Sal 94, 1-2. 6-7. 8-9. El Salmo muestra la incomprensión del pueblo que, habiendo visto las obras de Dios, no sigue a Dios con un corazón dócil. Nos pasa lo mismo a

¹ J. Kentenich, "Lunes por la tarde", T 21, 43

nosotros. No somos capaces de notar su mano a nuestro lado; no escuchamos su voz y no descubrimos sus pasos. Creemos en un Dios que es una idea lejana y no en un Dios personal que actúa en nuestra vida. Decía el **P. Kentenich**: *“El Santo de la vida diaria no sólo quiere unirse a Dios en el plano de las ideas o en la Iglesia, sino que quiere unirse con la persona del Dios vivo, en forma entrañable e indestructible en medio de la vida cotidiana”*². El ideal al que estamos llamados es a ser hombres que tengan una fe viva y práctica. Una fe aterrizada que sepa buscar la voluntad de Dios cada día y encontrar sus pasos en la vida. Una fe que suponga vivir en Cristo, arraigados en su corazón de Pastor. Una fe que se haga vida en la forma de amar y de vivir fielmente la propia vocación. Una fe que se pregunte continuamente hacia dónde tenemos que caminar.

MIRAMOS A MARÍA, ELLA UNE DE MANERA PERFECTA LA FE Y LA VIDA. María es reflejo del ideal que anhelamos vivir. En Ella se unen de manera perfecta la naturaleza y la gracia. Nada está separado y por eso Ella puede enseñarnos a vivir así. El amor es una fuerza asemejadora. Cuando nos enamoramos de Ella y Ella nos regala su amor, va logrando que todo se integre en nuestra vida. La alianza de amor con María en el Santuario es para nosotros una verdadera escuela de vida. Ante Ella llevamos nuestro pecado y debilidad y Ella fortalece nuestra fe. Sabe que nuestra mayor tentación es vivir vidas paralelas. Afirmar grandes creencias y luego vivir de espaldas a nuestro credo. Tendemos a reducir a Dios al apartado de la religión, mientras el resto de nuestra vida vive lejos de Dios. María es la Hija dócil del Padre que guardaba todo en su corazón y meditaba el querer de Dios continuamente. Su actitud fundamental, *“Fiat”*, se hace carne en su vida. La palabra que abrió la puerta a Dios en la Encarnación, se repite ante cualquier circunstancia. **María sabe que su sí ha de renovarse ante las dificultades, en el dolor y en la alegría. Sabe que su vida es camino para que se realice la Redención.**

POR OTRO LADO, NOS CUESTA CREER EN LA BONDAD DEL PADRE HACIA EL QUE CAMINAMOS. *“El Padre es bueno y bueno es todo lo que Él hace”*. Esta frase la hemos escuchado muchas veces. Sin embargo, nos cuesta creer con el corazón en la bondad de Dios. Hace falta mucha fe para creer en un Dios bueno cuando vemos desgracias a nuestro alrededor. Decía el **P. Kentenich**: *“No podré asumir correctamente la vida si no creo que hay un Padre por encima de mí. Pero, por lo común, ese Padre es una hermosa idea, carente de realidad en la vida práctica, o bien, si existe, es un dictador”*³. Necesitamos un Padre que nos quiera con locura y espere con ansia nuestro regreso a casa. Cuando vemos a Dios como Padre y confiamos en su bondad y en su amor, nuestra actitud es como la de los niños: *“Un niño aún nacido es el que participa por entero de la vida de su madre. Significa vivir en profunda dependencia de Dios Padre. Cuanto más sea interiormente pequeño y niño ante Dios, tanto mayor será la fuerza con la que estaré afirmado y plantado en la vida exterior”*⁴. Muchas veces escucho a personas que ven a Dios como un juez incomprensible, impasible ante el sufrimiento humano. No consiguen ver en Dios a un Padre bondadoso que abraza y enaltece, que levanta y sostiene. Por eso podemos llegar a tener miedo de presentarnos ante Él vacíos, sin méritos, llenos de pecados. Por eso huimos de su presencia cuando no nos sentimos dignos, merecedores de su amor y complacencia. No creemos entonces en su actuación bondadosa y llena de misericordia. No vemos a Dios en los acontecimientos diarios, porque no logramos entender a un Dios que permite el mal y el dolor. **El camino consiste en pedirle a Dios una fe nueva, que nos permita verlo como Padre bueno y comprensivo, aunque muchas veces no entendamos nada.**

SIN EMBARGO, NUESTRA FE ES UNA FE DÉBIL Y LLENA DE DUDAS: *“El Señor contestó: «Si*

² R. Fernández, “Fe práctica en la Divina Providencia”, 35

³ J. Kentenich, “Lunes por la tarde”, T 21, 89

⁴ J. Kentenich, “Lunes por la tarde”, T 21, 48

tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa montaña: "Arráncate de raíz y plántate en el mar." Y os obedecería". Comenta **S. Juan Crisóstomo:** "Hace mención de la mostaza, porque su semilla, aun cuando es pequeña, es la más fecunda de todas". Hace falta mucha fe para creer de verdad y ser así capaces de cambiar el mundo. Nos referimos a una fe que toque la vida, no a una fe que se quede en los dogmas. Dice **S. Cirilo:** "Esta gracia de la fe que da el Espíritu, no consiste solamente en una fe dogmática, sino también en aquella otra fe capaz de realizar obras que superan toda posibilidad humana; quien tiene esta fe podría decirle a una montaña que viniera aquí y vendría. Cuando uno, guiado por esta fe, dice esto y cree sin dudar en su corazón que lo que dice se realizará, entonces este tal ha recibido el don de esta fe". San Cirilo lo distingue muy acertadamente. La fe en los dogmas, en la existencia de Dios, no logra cambiarnos realmente. Mucha gente cree verdades que hablan de Dios y no por ello cambia su vida. Podemos elaborar un bonito credo y guardarlo en el corazón. Sin embargo, si no lo llevamos a la vida, no es posible seguir a Cristo de verdad. Es necesario creer en un Dios que nos ha hecho una promesa de plenitud y nos quiere usar como sus instrumentos. Es la fe que cree en las cosas que parecen imposibles. **La fe que ve más allá de la oscuridad de las desgracias. La fe que no se queda quieta sino que busca la realización de los sueños que viven en el corazón.**

ES NECESARIO MANTENERNOS SIEMPRE FIRMES EN LA FE. Dice **Benedicto XXVI** en su carta para preparar la JMJ 2011: "Los santos y mártires han sacado de la cruz gloriosa la fuerza para ser fieles a Dios hasta la entrega de sí mismos; en la fe han encontrado la fuerza para vencer las propias debilidades y superar toda adversidad. La victoria que nace de la fe es la del amor". La fe que tenemos que pedir es la fe que sabe vencer en la cruz, que sabe sacar amor y luz del odio y la oscuridad. Para eso es necesario arraigarnos fuertemente en Cristo. Él es la fe que necesitamos para caminar. Sabemos el verdadero significado de la fe: "La fe es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado"⁵ Es la fe que se adhiere a Cristo la que se mantiene firme en las dificultades. La fe no elimina nuestra debilidad, cuenta con ella y desde ella nos eleva a lo más alto. Sabemos que el mal siempre es un mal y la desgracia no nos consuela. Sin embargo, la verdadera fe no nos permite quedarnos llorando ante las desgracias. La fe se sustenta en certezas que hemos experimentado en el caminar. Nuestra fe vive y se alimenta de verdades que hemos vivido. **La fe verdadera nos sostiene y empuja y logra que venzamos la desesperanza. ¿Qué certezas nos animan a luchar y creer cada mañana?**

EL DON DE LA FE NOS HACE CAPACES DE TODO, AUDACES Y VALIENTES, DISPUESTOS A LUCHAR SIEMPRE. Es la fe que nos permite vivir la vida como un don. Escuchamos en la segunda lectura: "Querido hermano: Reaviva el don de Dios, que recibiste cuando te impuse las manos; porque Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio. No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor y de mí, su prisionero. Toma parte en los duros trabajos del Evangelio, según la fuerza de Dios. Ten delante la visión que yo te di con mis palabras sensatas y vive con fe y amor en Cristo Jesús. Guarda este precioso depósito con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros". Timoteo 1, 6-8. 13-14. El apóstol nos habla de tener valor y ganas de vivir y luchar. Hay personas que se amargan pensando que Dios no ha sido fiel a su promesa. Les prometió una plenitud que no logran alcanzar. Han tejido sus sueños, pero viven infelices porque no llegan a hacerse realidad. Estas personas se ahogan en su presente soñando con un futuro que nunca llega. Creyeron que Dios les iba a dar lo que deseaban, sin embargo, al no ocurrir tal como ellos lo esperan, viven desesperanzados. Hace falta fe para creer en lo que no vemos, pero muchas veces nuestros planes no son los de Dios y su camino de plenitud para nosotros no coincide con el nuestro. No es fácil entender a Dios y sus planes complejos. Pero lo que está claro

⁵ Catecismo de la Iglesia Católica, 150

es que la promesa de felicidad de Dios es para nuestro presente, para el hoy, no para mañana. Cuando nos amargamos soñando con un futuro que no llega, estamos desaprovechando la oportunidad que Dios nos da para ser felices en el presente. **La vida es corta y, si la desaprovechamos echando en cara a Dios su incompetencia, no seremos capaces de vivir la vida que Él nos regala.**

ES NECESARIO CUIDAR EL DON DE LA FE Y PEDIRLO CADA MAÑANA. Es un don que Dios nos hace. Sin embargo, tenemos que estar dispuestos a ser fieles en la dificultad. Grandes santos han pasado momentos de oscuridad y en ellos han permanecido fieles. **La Madre Teresa** es un claro ejemplo de esa entrega fiel: *"Rece por mí. Estar enamorada y sin embargo, no amar. Vivir de la fe y, sin embargo, no creer. Consumirme y estar, sin embargo, en las tinieblas absolutas"*⁶. Nuestra fe ha de llegar a ser una fe probada. La fe nos permite vivir en la luz de Dios. Nuestra vida en Dios alimenta nuestra fe. Los cimientos de nuestra vida espiritual deben ser muy firmes para poder resistir los embates de la vida. Cuando llegan las dificultades, si no tenemos el corazón profundamente anclado en Dios, todos los principios pueden caer. Por eso tenemos que cuidar todo aquello que alimenta nuestra vida de fe en el día a día, para poder estar firmes cuando llegue la oscuridad. Tenemos una misión para toda nuestra vida. El que tiene una misión, el que sabe el sentido de su vida, no puede vivir sin tomarse en serio cada paso que da. **Somos instrumentos de Dios y sólo la fe nos hace aptos para lo que Dios nos quiere utilizar.**

POR ESO HOY DIOS NOS PIDE ALGO MÁS, NOS PIDE HUMILDAD. Se trata de la humildad de aquel que sabe que sólo hace lo que tiene que hacer y que, por lo tanto, no tiene ningún mérito: *"Suponed que un criado vuestro trabaja como labrador o como pastor; cuando vuelve del campo, ¿quién de vosotros le dice: "En seguida, ven y ponte a la mesa? ¿No le diréis: "Prepárame de cenar, cíñete y sírveme mientras como y bebo, y después comerás y beberás tú"? ¿Tenéis que estar agradecidos al criado porque ha hecho lo mandado? Lo mismo vosotros: Cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: "Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer. "* » Lucas 17, 5-10. Jesús no quiere que caigamos en la soberbia al pensar que somos muy buenos y santos por hacer las cosas bien. La fe es un don y nuestro amor es obra de Dios en nuestra alma. El orgullo nos puede hacer pensar que somos mejores de los demás. Así lo como comenta **S. Teofilacto**: *"Como la fe hace dueño de sí mismo al que observa los mandamientos, adornándole con obras admirables, parecía que podía exponer al hombre a la soberbia, por ello les advierte que no se ensoberbezcan por sus virtudes"*. Si vemos nuestra vida con sencillez, haremos lo que tenemos que hacer sin esperar grandes elogios y alabanzas por ello, ni de Dios ni de los demás. Es el camino de la verdadera felicidad, como nos lo recuerda **S. Bruno**: *"Únicamente alcanza la suprema dicha el que, después de ejercitarse en las diversas virtudes y buenas obras, recibe además el auxilio de la gracia divina. Pues por sí mismo nadie puede llegar a esta suprema felicidad"*. La actitud del que sirve a Dios es la de aquel que ve toda su vida como un don. Si hacemos lo que tenemos que hacer, tendremos paz y esa felicidad que nadie nos podrá quitar. Pero no tiene mérito obedecer la voluntad de Dios, es sólo lo que tenemos que hacer, es nuestra misión en esta vida. Decía el **P. Kentenich** con frecuencia: *"Donde me han puesto ahí he de morir. El abanderado no es nada, la bandera es todo"*⁷. Es la actitud del que sabe que tiene una misión y que la vida consiste en consagrar todas nuestras fuerzas a lo que Dios desea de nosotros. No pensemos en cuándo podremos descansar y dedicarnos a nosotros mismos. Sólo la obediencia al plan de Dios nos hará verdaderamente felices. Cuando llegamos al final del día deberíamos mirar con fe el paso de Dios y agradecer por haber podido servir con humildad. **Y cada mañana, al levantarnos, tendríamos que mirar nuestra vida con optimismo y creer que Dios puede hacer milagros con nuestra pobreza.**

⁶ Madre Teresa, Ven sé mi luz, 303

⁷ J. Kentenich, Bodas de plata sacerdotales, 1935